

VARGAS

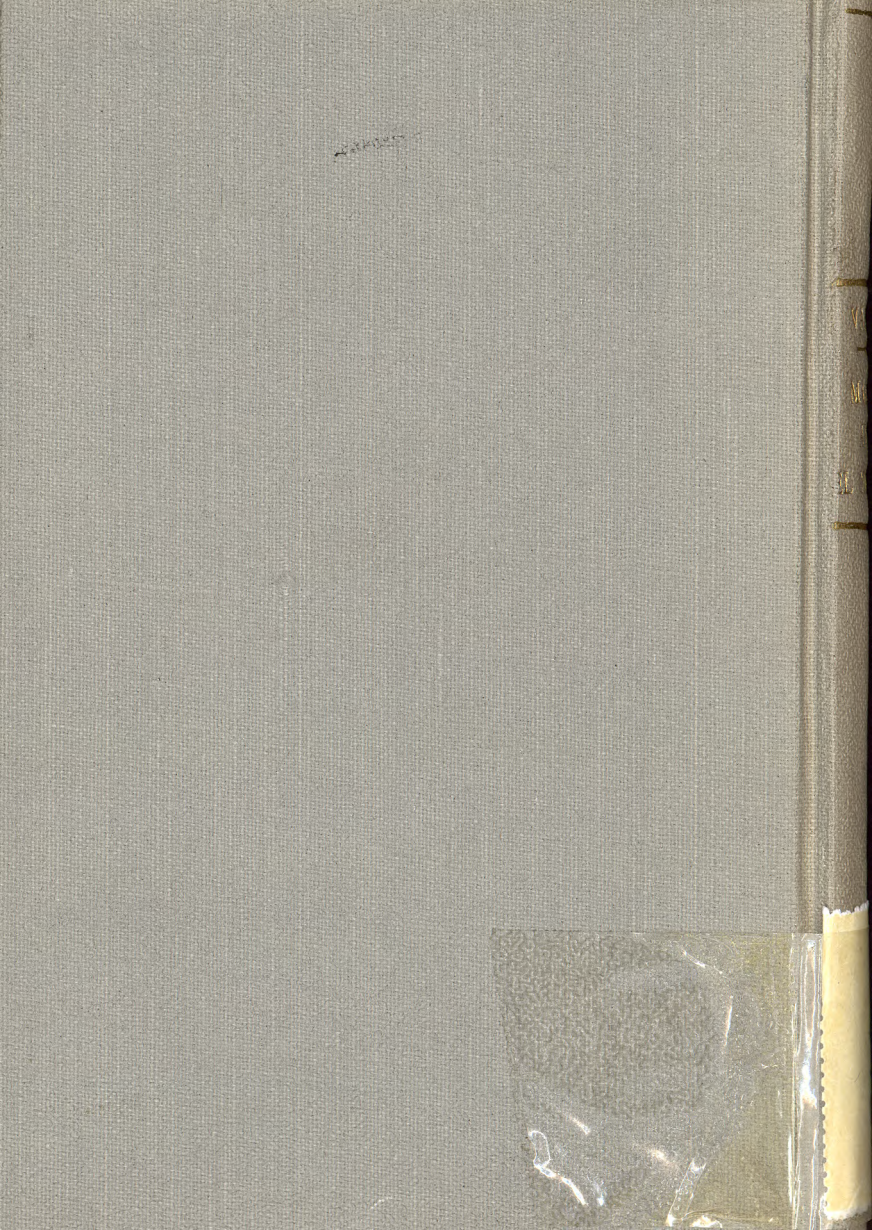
MADRID

ANTE

EL COLERA



11111



T-18
EA

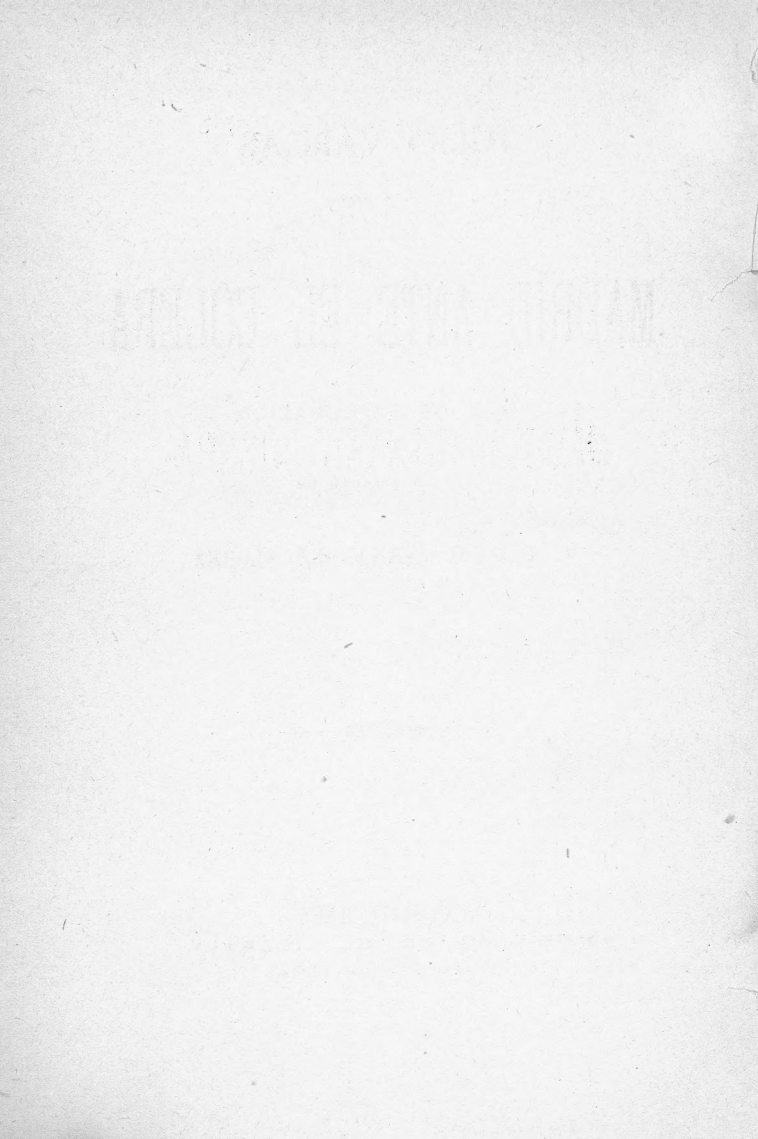


A-1317/A

Luis Barrón

R
38361 3000

MADRID ANTE EL CÓLERA



JULIO VARGAS



MADRID ANTE EL CÓLERA

VIAJE DE EXPLORACIÓN

CON UN PRÓLOGO DE

D. ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ



MADRID: 1885

IMPRENTA DE «EL LIBERAL»

Calle de la Almudena, núm. 2.

PROLOGUE

THE YEAR

The year was a long and hard one for the people of the world. The war had been going on for a long time now, and the people were suffering from the effects of the war. The people were hungry, cold, and tired. They had no money, and they had no food. They were living in a state of despair. The war had taken away their homes, their families, and their lives. They were all that was left of them.

The year was a long and hard one for the people of the world. The war had been going on for a long time now, and the people were suffering from the effects of the war. The people were hungry, cold, and tired. They had no money, and they had no food. They were living in a state of despair. The war had taken away their homes, their families, and their lives. They were all that was left of them.

PROLOGO



JULIO VARGAS

El autor de este libro no es lo que se va llamando en España un *reporter*, ni es un periodista, ni es un escritor, ni es un hombre político, es todas estas cosas juntas.

Es que es una personalidad: porque á las diferentes condiciones de su profesión sabe darlas un tono de elegancia, de discreción, de claridad y de malicia que le constituyen un estilo.

¡El *estilo* aplicado al noticierismo y á los noticieros! Eso no puede ser, se dirá. Aquí donde los literatos carecen de estilo y de personalidad ¿cómo puede tener ambas envidiables cualidades un redactor de

las conversaciones, murmuraciones, hechos y dichos públicos?

Es que Julio Vargas es *noticiero* por temperamento, por vocación y por arte. Fué empleado; llegó la revolución de Setiembre, se quedó sin destino y entró en la redacción de *El Imparcial* como hubiera podido entrar en cualquier otra parte donde se ganase algún dinero.

Por casualidad había encontrado su camino: el porvenir le pertenecía. Nada de revolver expedientes: iba á revolver á la sociedad toda entera.

De esto hace diez y siete años, y no puedo recordar sin emoción tan larga fecha: yo también por entonces empezaba mi carrera literaria y periodística; yo también casi por casualidad había encontrado un camino.

Desde entonces Julio Vargas y yo somos compañeros: desde entonces nos une un cariño verdaderamente fraternal.

La carrera de Vargas ha sido difícil: entró en el periodismo cuando éste verificaba su moderna evolución, convirtiéndose de arma de los partidos y de los hombres políticos en órgano de los intereses generales y de la curiosidad pública.

Existía entonces ya la noticia, que había encontrado una forma y un éxito propios en *La Correspondencia*. Un hombre infatigable, dotado de un instinto práctico, D. Manuel Santana, iniciaba en España sin saberlo, una verdadera revolución. Sus noticias, su folletín, sus anuncios, *sus muertos*, habían excitado el interés público: aquella conversación nocturna, aquella chismografía diaria, llena de noticias tan diversas como una boda, un entierro, un discurso, un reo en capilla, un dentista, un asesinato, un incendio y varias otras ocurrencias, todo en una columna, empezó á ser indispensable para los madrileños... Y como el periódico ganaba dinero, todos los periódicos que antes miraban con desprecio cuanto no fuese poder, ambición, crisis y pronunciamiento, empezaron á discurrir que nada perdían con dar interés general al resto del diario que consagraba su primera plana á sus intereses de partido.

Algunos periódicos, por lo tanto, empezaron á ver de conciliar la política con la noticia que les traía al indiferente, al español sin partido, y también á los españo-

les de partidos diferentes. Y que les traía reclamos, anuncios, *muertos*.

Entonces algunos periódicos pudieron ya pensar en vivir sin depender de la subvención de un gabinete ó de un grupo de hombres políticos; en vivir del público únicamente.

La indiferencia del público hácia la política empezó á marcarse después de haber fracasado el prestigio de los hombres de la revolución. Se vió que no eran hombres revolucionarios, sino explotadores de sus ideas. Uno tras otro iban casi todos abdicando de sus ideales.

De estos desengaños que affligieron é indignaron á los verdaderos revolucionarios, nació *El Liberal* y á *El Liberal* fué también Julio Vargas, arrastrado por el cariño que le unía con todos sus compañeros.

¿Es que Julio Vargas forma en la intransigencia política? ¡No! Por su carácter, como por su educación, por su bondad natural y por ciertas formas sociales que dan realce á sus trabajos y á su persona, no puede ser intransigente...

Julio Vargas es liberalísimo, pero sin

que verdaderamente pueda formar en ningún grupo; su liberalismo es más bien intelectual que político; pertenece al gran partido nacional de los que creen que la libertad no es un principio político, sino debe ser el único estado del hombre.

Toda exageración le parece idénticamente detestable; y cualquiera de sus noticias, si expresa una emoción política, seguramente tiene la cualidad de oro que distingue al hombre bueno, al hombre honrado; la de expresar un sentimiento para todos simpático.

Así es, que sus trabajos son adaptables á casi todos los periódicos políticos, pues solo se separan del interés absorbente, de la inagotable amenidad que los caracterizan, para afirmar ideas y principios fundamentales.

Julio Vargas representa el criterio de la burguesía liberal, que es muy liberal, pero que está confabulada con el orden.

Este es el hombre con relación á sus ideas; veámosle con relación á sus trabajos.

Ya lo he dicho: Vargas es un *reporter*, un periodista, un escritor. Preciso es co-

nocer á fondo la índole del periodismo y sus dificultades para comprender lo que todo esto significa de raro mérito y de felices disposiciones naturales.

Casi desde el primer momento de su carrera, por estas condiciones se constituyó en jefe de noticias; no ha sido nunca soldado de filas. Cualquiera con un par de botas que no le aprieten, con fácil lengua y con alguna falta de aprensión puede encontrar noticias. Pero estas noticias son estúpida relación de hechos, que luego al tomar forma sobre el papel pueden quedar más estúpidamente desfigurados.

¿Quién no ha leído muchas veces la noticia de algún atropello, de cuya prosa resulta que el herido fué conducido á la cárcel, el cochero á su casa y el caballo ingresó en la prevención?

Nada hay tan difícil como redactar noticias; conozco pocos, casi ningún literato, que sepan redactarlas, al correr de la pluma, sin felicitar á lo mejor á cualquier reo por haber cometido un horrible asesinato.

Vargas es un *reporter*, español puro.

¡*Reporter, español puro!* Yo lo traduzco así: noticiero de alto criterio, de estilo cas-

tizo y galán, de carácter digno, severo, formal, cortés, caballeroso. Un narrador de vulgaridades que no sea vulgar; un cuentero de personalidades que no sea personal; un recolector de chismes que no sea injuriador; un agrupador de pequeñeces que no sea pequeño.

Vargas es un típico representante del periodismo del día; periodismo que sobre todo quiere satisfacer su avidez de acontecimientos, de frases, de personalidades; de un periodismo cuyo público tiene mucho de mujer, pues prefiere á la historia grave, á la lección política y moral, la chismografía.

Saberlo todo, estar enterado de todo, revoluciones, guerras, espectáculos, cambios de política y de los políticos; de quién ha sido robado, asesinado, agarrado; de quién se casa, se suicida, se divierte. Esto quiere el público de hoy.

Nada de consideraciones trascendentales, ya no hay nada trascendental: ya todo el mundo raciocina como un filósofo. El hecho solo, adornado por alguna galanura incitante que haga sonreír ó por algún enérgico rasgo que le extremezca, basta.



Contar, saber contar; hé aquí la cualidad eminente del periodista de hoy, y en esto del arte de contar Julio Vargas es eminentísimo.

Pero antes de contar hay que buscar algo que merezca la pena de ser referido; hay que arrancar sus secretos á los hombres de Estado; hay que adivinar sus intenciones; hay que reconstruir sobre un dato un castillo, cuyo armazón sea de hierro, aunque á la vista se presente como fantástico; hay por fin que *inventar la realidad* cuando la realidad no existe.

En todo esto mi amigo es prodigioso; ha quedado una frase que parecía no tener segunda encarnación, y que la ha tenido; todos dicen hoy ante un enigma, que deduce al público: *¡Avertígüelo Vargas!* y nadie piensa ya en el Vargas antiguo.

Resulta, sin embargo, que con tantas condiciones un *reporter*, un jefe de noticias, pudiera muy bien no lograr los informes que se propone; sobre todo, si tiene que recojerlos en el campo enemigo. Esto es lo de menos.

Vargas es el hombre de las amistades; ni el gobierno, ni las oposiciones tienen

secretos para él; ellos le dicen todo, porque le necesitan como representante de la opinión y hábil esgrimidor de esa arma terrible: la noticia... Ellos ceden también á la simpatía; pues el caracter de Vargas gana no tan solo la simpatía, sino la consideración. Ante todo, es discreto y tiene el arte supremo del *reporter*; no sacrifica á la vanidad de dar una noticia, toda una campaña de *reporterismo*.

Ha venido á ser una especie de confesor, que guarda los secretos, cuando se le confían de caballero á caballero, tomando de ellos lo que sirve sin daño y lo que basta.

Así es, que hasta en las noches en que llega á la redacción y permanece mudo, nadie duda de que tenga noticias, sino de que no son *viables*. Hay entonces que acudir á la influencia de la amistad, para enterarse de algo bajo juramento de honrada palabra.

Su cualidad preciosa como periodista de oposición, es encontrar siempre la forma de decir, sin riesgo del periódico y sin ataque alguno personal, lo que no puede decirse ni personalizarse.

Jamás ha sido *denunciado*; jamás ha tenido reclamación personal ninguna.

Es el maestro de muchos distinguidos *reporters*; ha formado escuela.

Los artículos que hoy publica representan una de sus mejores campañas, campaña de trabajo, de dificultades y hasta de peligros como investigación de los focos coléricos de Madrid.

No es, sin embargo, una campaña de curiosidad, de interés dramático, de líneas y construcciones arquitectónicas y urbanas.

Es también un libro de estudio útil. Es un trabajo de reformas.

Muchas de ellas fueron inmediatamente realizadas por el ayuntamiento, y Vargas puede tener la satisfacción de exclamar hoy al volver por el teatro de sus operaciones:

—¡Mi espíritu ha pasado por aquí y ha dejado el bien!

¿Qué mayor satisfacción, qué mayor gloria, qué recompensa mayor puede caberle?

El Madrid, *sin miedo*, no puede apreciar, sin embargo, este trabajo, como lo

apreció en los momentos del pánico. En aquellos días no hubo en Madrid más preocupación, más interés que la lectura de los artículos de MADRID ANTE EL CÓLERA.

Vargas pudo también exclamar en aquellos días, como un conquistador:

—¡Madrid es mio!

Reciba mi buen compañero en estas líneas la expresión de un afecto indestructible; pero reciba también con ella la seguridad de que mis elogios son hijos de la sinceridad más profunda, y no hubiera hecho una sola de estas afirmaciones si no las creyese deber sagrado de justicia.

El que yo le quiera bien, ¿ha de ser razón para que no le elogie?

Fernanflor.

MADRID ANTE EL CÓLERA

Las Peñuelas.

El barrio que así se denomina es uno de los más populosos entre los que forman los arrabales que constituyen *Las Afueras* de la coronada villa.

Corresponde, en la zona de ensanche, á la parte Sur de la capital, y consta de una población de 4.000 vecinos, ó sea, próximamente, unos 14.000 habitantes.

La distancia que le separa del límite de Madrid—propiamente dicho—es muy corta, apenas distarán las primeras casas de *Las Peñuelas* un centenar de metros, á

partir de la *Ronda de Embajadores*, que es la primera línea exterior de la capital, correspondiendo las fachadas de sus edificios al *Paseo de las Acacias*, casi paralelo á la mencionada *Ronda*.

Esos primeros edificios á que anteriormente nos referimos, entre los cuales hay algunos de construcción moderna y hasta de gallardas líneas arquitectónicas, forman, digámoslo así, la crestería de un barranco, en el que para nada se han tenido en cuenta los accidentes del terreno al levantar en él numerosas viviendas, construídas indudablemente con gran anterioridad á las que limitan el *Paseo de las Acacias*.

No parece sino que estas últimas han sido edificadas para ocultar al curioso las verdaderas Peñuelas, barrio informe, por aquella parte, y en que sobre pronunciadas derivaciones del piso, se amontonan numerosas casas ideadas por la necesidad ó calculadas por la especulación.

El *Paseo de Embajadores*, ancha carretera perpendicular al *Paseo de las Acacias*, conduce directamente al centro del barrio, esto es, á la Plaza de las Peñuelas, espacio rectangular de grandes proporciones, en que el Lozoya tiene desahogo, en beneficio del vecindario, por una fuente de cuatro caños. A corta distancia y á la derecha de esta fuente se halla la iglesia, modesto templo de construcción moderna, y casi frente á ella, en el lado opuesto, hay una línea de casas entre las que figura la señalada con el núm. 4, que empieza á gozar de cierta triste celebridad en las circunstancias que atravesamos.

Completan el barrio las calles de las Peñuelas, Labrador, Moratines, Martín de Vargas, Ercilla, Laurel, Fray Luis, Palos de Moguer, Sebastian Elcano, Batalla del Salado, Divino Vallés, Yeserías, Ferrocarril, Fernando Póo, Florez Calderón, Riego y no recordamos si alguna otra accesoria de aquellas, todas anchas y rectas por re-

gla general, pero deplorablemente empedradas, sin aceras, excepto una, con mal alumbrado y huérfanas de alcantarillado para las aguas fecales.

A largos intervalos tropieza la vista, cuando se recorren dichas calles, con edificios que contrastan con el conjunto que ofrecen los demás; así sucede con la elegante casa del justamente reputado industrial, Sr. Laorga, en la calle de las Peñuelas, y aunque en distinto concepto de regularidad y belleza, con las fábricas de camas y de harinas de los Sres. Duthú y Lorenzale, respectivamente, en la de Martín de Vargas. El resto de las edificaciones, en su gran mayoría, son antiguas, mejor dicho, viejas, mezquinas, y hasta miserables muchas de ellas; lo cual no impide que sirvan de albergue á gran número de familias de obreros, para quienes el espacio, el aire y la luz vienen á ser en aquellas pobres viviendas artículos de lujo.

Hay, como es consiguiente, algunas ex-

cepciones; el Sr. Laorga, que á fuerza de inteligencia y de trabajo, ha logrado conquistarse una fortuna, que le ha convertido de humilde obrero en artista distinguido, ha hecho construir algunas casas en la calle del Laurel, cuyas habitaciones, aunque muy reducidas, ofrecen el aspecto limpio y la luz y ventilación necesarias para la vida. En ellas el pobre, en medio de sus estrecheces, puede recibir directamente un rayo de sol y una ráfaga de viento, medios de existencia que ayudan poderosamente á que el mísero pan del trabajador dé á éste las robustas fuerzas que para adquirírselo necesita.

Como contraste con esas edificaciones, pudiéramos citar otras muchas que forman parte del barrio de las Peñuelas; pero ni es nuestro propósito entrar detalladamente en el terreno de las comparaciones, ni pretendemos en manera alguna perjudicar á la generalidad de los pequeños propietarios del barrio, que segu-

ramente no saldrían bien parados del paralelo.

Tenemos, sin embargo, que penetrar en una de esas últimas casas, y no para presentarla como modelo en el mal sentido, pues en rigor, eso no sería verdaderamente justo, sino porque viene considerándosela como uno de los focos de infección en que, desde que se presentó en Madrid, está produciendo víctimas la epidemia colérica. Nos referimos al núm. 4 de la plaza de las Peñuelas.

Es un edificio viejo que consta de planta baja y principal, y que ocupará una superficie de 2.000 piés cuadrados próximamente.

De reducida fachada, no permite adivinar que una vez traspuesto el zaguán y por un portillo en medio punto que le dá acceso, se penetra en un patio cuya planta forma un trapecio irregular, que tendrá una longitud de quince metros, por cuatro de latitud en su parte más espaciosa.

A la derecha de este largo patio hay una galería descubierta al nivel del piso principal, en que habitan doce vecinos; en el bajo hay otros doce, y además otros tres en viviendas que tienen directamente puerta á la calle; total, treinta vecinos que constituyen una población de unos cien habitantes.

La superficie invertida en cada una de dichas viviendas no excederá mucho de cuatro metros cuadrados, distribuidos de modo que ha permitido formar una sala, una alcoba y una cocina, precedida ésta de un pequeño espacio que podríamos llamar pomposamente recibimiento; en éste, así como en la cocina, hay ventanas que corresponden al patio.

Nosotros penetramos en alguna de aquellas habitaciones, llamándonos la atención el aseo con que la cuida su inquilina; pero puede presumirse que si en otras viven más de dos personas, toda solicitud será ineficaz para darles condiciones higiénicas.

Esta casa ha fijado un tanto la atención de las autoridades: en ella falleció víctima del cólera un inquilino el 14 del corriente; otro fué invadido el 17, y por último, se ha registrado el 21 otro caso, que como los anteriores, ha motivado las desinfecciones y aislamientos ordenados por el gobernador y el alcalde.

En oposición á lo que sucede en casi la totalidad del barro, dicha casa tiene vertedero de aguas fecales al alcantarillado general; porque es de advertir, que en todas las Peñuelas no hay más alcantarilla que la que arranca en la calle del Labrador y pasando por la plaza, tiene su prolongación en la calle del Laurel; en las demás van las aguas á *pozos negros*, que son perennes focos de insalubridad no combatidos con la energía y la frecuencia que la higiene reclama.

Visitada la casa que rápidamente hemos reseñado, hubiéramos puesto fin á estas líneas, á no guiarnos el deseo de

rectificar un error, en que á nuestro entender, ha incurrido toda la prensa.

Ayer, la mayoría de los periódicos, dijeron que en la parte de Madrid, objeto de nuestras investigaciones, hay edificios que contienen más de 900 personas; nosotros procuramos averiguar cuáles eran aquellos edificios, y no nos fué posible encontrarlos.

No léjos de las Peñuelas está el ya célebre Parador de Santa Casilda, donde, según nuestras noticias, excede en poco de 500 el número de personas que en él habitan.

En las Peñuelas mismas, en la parte del barranco comprendido entre las casas núms. 7 y 7 duplicado, que se hallan en la línea de edificaciones del Paseo de las Acacias, hay un edificio vulgarmente conocido con el nombre de *La casa del tío Rilo*, en que tienen albergue noventa vecinos, es decir, unas 350 personas; no sabemos que en el resto de aquel populoso arrabal haya

edificios que contengan mayor, ni siquiera igual número de habitantes.

Este dato es de gran importancia en los momentos actuales, pues las Peñuelas es el cuartel de Madrid en que con más repetición vienen registrándose casos epidémicos, y claro es que á mayor aglomeración y á menores condiciones higiénicas corresponderá siempre, lógicamente pensando, número más considerable de invadidos; y bueno es tener noticia exacta de aquellos centros de población, que por circunstancias especiales, puedan convertirse en focos infecciosos.

En las Peñuelas, según datos que consideramos auténticos, se ha manifestado el cólera en las proporciones siguientes:

Calle de Ercilla.—Entre las casas números 5, 7 y 12, seis invasiones con cuatro fallecimientos.

Ferrocarril.—En los números 7, 8 y 57, seis casos y tres defunciones.

Paseo de las Yeserías.—Una invasión en el núm. 21.

Peñuelas.—En las números 4, 5, 11 y 21, nueve invasiones y una defunción.

Martín de Vargas.—Números 6, 14 y 20, siete atacados y seis fallecimientos.

Laurel.—Números 23 y 25, cuatro invasiones é igual número de fallecidos.

Ronda de Valencia.—Números 1 y 3, dos casos y una defunción.

Paseo de las Acacias.—Un invadido, que falleció en el núm. 2.

Arroyo de Embajadores.—Un atacado en la Casa Blanca.

Ronda de Atocha.—En el núm. 6, una invasión.

Paseo de Embajadores.—Un atacado, que falleció al siguiente día.

Resultan, por consecuencia, registradas hasta el día 23 en aquel barrio, incluyendo las ocurridas en la casa núm. 4 de la plaza de las Peñuelas, 42 invasiones, que han producido 23 víctimas.

No es, por fortuna, cifra tan desconsoladora como pudiera temerse, dadas las condiciones de la localidad y el número de habitantes.



Algunas de las indicaciones anteriormente apuntadas las debemos al apoderado del arquitecto Sr. Lerena, y administrador de la casa núm. 4 de la plaza de las Peñuelas, D. Andrés Nieto, alcalde que ha sido de aquel barrio durante muchos años.

A juicio de dicho señor y de otros muchos vecinos, la falta casi absoluta de policía urbana, la de alcantarillas, y en particular la existencia de los *pozos negros*, son causas que engendran principalmente la insalubridad en aquella demarcación.

Atajar esos males será atajar los progresos de la epidemia.

Creemos hacer con esto una adverten-

cia saludable y todavía oportuna á las autoridades locales; á ellas corresponde en primer término poner en condiciones de defensa á MADRID ANTE EL CÓLERA.

25 Julio 1885.

El barrio de las Injurias

Todo el mundo, en Madrid, lo conoce de nombre; pocos madrileños, seguramente, podrían dirigirse á él sin vacilación, caso de que tuvieran necesidad ó capricho de visitarlo.

Y no es, ciertamente, porque se halle enclavado en uno de esos lejanos pliegues de las áridas y accidentadas afueras de la coronada villa, hácia los cuales rara vez dirigen sus pasos los poco curiosos vecinos de la capital, ni porque esté oculto á la investigación de los espíritus observadores—como el lienzo exterior del *Barrio de*

las Peñuelas—por edificaciones, si no irreprochables, admisibles al menos desde el doble punto de vista de la higiene y del arte.

Nada de eso; al contrario: el camino del *Puente de Toledo* es uno de los más frecuentados, en la zona exterior de Madrid, por gentes de todas las clases y condiciones: en sus cercanías asientan y se desarrollan importantes industrias; los Carabancheles con sus quintas de recreo y Leganés con sus tropas acantonadas; el tráfico constante de arriería y carretería y hasta el penoso deber de visitar en alguna ocasión los Campo-Santos situados en aquellas inmediaciones, llevan en uno y otro sentido, al Puente de Toledo, diario y numeroso contingente del buen pueblo de Madrid, que cuando más, se permite dirigir una mirada indiferente sobre lugares que merecerían fijar poderosamente su atención.

Esto, precisamente, ocurre con relación

al muy nombrado, pero perfectamente desconocido, *Barrio de las Injurias*.

Este barrio—llamémosle así—viene á ser, á la vez que el límite, por aquella parte, un desprendimiento del *Barrio de las Peñuelas*.

En rigor no tiene entrada, en la racional acepción de la palabra; el que quiere llegar hasta él, ha de deslizarse trabajosamente, bien por una rampa abrupta y fangosa, bien despeñándose por las violentas cortaduras del terreno, que forman, con el plano superior, un ancho barranco de pronunciadas líneas.

Ese barranco, que á intervalos presenta extensas explanadas, tiene su borde de arranque, paralelo á Madrid, en el *Paseo de las Acacias* y concluye, de manera análoga y en idéntica sentido, en el *Paseo de las Yeserías*: el camino de la Puerta de Toledo cierra aquel lado del cuadrilátero y en la glorieta que precede al puente empieza al paso menos incómodo para quien tra-

te de ponerse en comunicación con los habitantes del barrio.

Al tender la vista por el terreno objeto de nuestras observaciones, lo primero que llama la atención es un arroyo de no humilde cauce y caudal copioso, cuyas ne-gruzcas aguas repugnan á los ojos y ofenden gravemente al olfato. Instintivamente se procura descubrir el origen y la dirección de aquel hediondo vertedero, cayéndose en la cuenta de que el pestilente riachuelo no es otra cosa que la atarjea del barrio de las Peñuelas, cuyas aguas fecales van tardíamente á engrosar las de la alcantarilla general que por aquel punto, precisamente, se desbordan en el Manzanares.

La alcantarilla general se presenta al descubierto en el barranco, á corta distancia del gasómetro de la Fábrica de Gas y casi en línea recta, paralelamente al camino del Puente de Toledo, se oculta bajo el *Paseo de las Yeserías* y termina en la orilla

izquierda del río; pero faltando para la terminación de la alcantarilla una sección intermedia de unos cincuenta metros lineales de embovedado, las aguas procedentes de Madrid han buscado cauce hacia la derecha del terreno y al penetrar en el último tramo de la fábrica, forman una balsa de gruesas ondas y de emanaciones insoportables.

Innecesario parece añadir que para aproximarse á los lugares mencionados se hace preciso embazarse en un fango fétido y nauseabundo, único piso en que puede fijarse el pié á algunos metros de distancia de la cortadura del alcantari-llado.

En el centro del barranco y á la mitad del ángulo que la alcantarilla y el arroyo forman y que tiene su vértice en el *Paseo de las Yeserías*, hay dos casas de vecindad llamadas *de Cabrero*, no porque sea éste el apellido del propietario. En una de estas casas que sólo tiene piso bajo, se albergan

seis ó siete familias; pero en la otra residen 42 vecinos, que forman una población de unos noventa habitantes.

Claro es que las dos piezas que por punto general constituyen las habitaciones de cada inquilino, no permiten á éste hacerse la ilusión de que reside en un palacio; pero dentro de las condiciones humildes de aquellos edificios, debemos reconocer que serían aceptables si la alcantarilla, el arroyo, los humos de las fábricas y la irradiación del calor que desarrolla el gasómetro no fuesen constantes y terribles enemigos de la salud en aquellos contornos.

A la derecha de la alcantarilla, en dirección del puente, se halla el barrio propiamente llamado de las Injurias.

Aparte de un gran corralón cercado con una tapia de fábrica y destinado á depósito de maderas, forman el barrio cuatro manzanas de casuchas miserables, entre las que sólo dos, que se destacan de las

demás, revisten exteriormente aspecto menos repulsivo y constan de planta baja y piso principal.

El piso en que se apoyan todos aquellos edificios es el que la Naturaleza se ha servido dar á nuestro suelo; algunos de los antiguos faroles del alumbrado municipal en Madrid permitirán iluminar *oscurementemente* la extensa plaza y estrechas callejuelas que consienten circular el aire— hasta cierto punto—por aquellos suburbios; garitas situadas de trecho en trecho y aisladas de las casas, sirven para alimentar los *pozos negros* que al pié de ellas se encuentran y que encierran el barrio dentro de un cordón pestilente é inmundo. Para aumentar el daño, en la única casa en que, según pudimos apreciar, hay letrinas, éstas tienen su vertedero al pié del edificio y al descubierto, permitiendo que las aguas súcias formen arroyuelo, ni manso ni limpio, que corre á unirse al elemento común en la alcantarilla general.

Esto en cuanto al perímetro: echemos ahora una ojeada á la entraña del barrio.

Era ayer día festivo y ocasión por lo tanto, para que se solazasen sus habitantes. Formaban éstos caprichosos grupos diseminados en las inmediaciones de sus viviendas; algunas mujeres, á pesar del precepto, cosían sus humildes ropas; muchachos medio desnudos y descalzos se entregaban á los juegos de la infancia y en el fondo de una estrecha calle, entre una multitud amotinada, un esposo irritado daba golpes á su mujer que, como es consiguiente, protestaba á grito herido.

Este espectáculo, la apariencia miserable de la generalidad de los vecinos y el aspecto triste, descuidado y súpico de aquel grupo de veinte casas, hará pensar á muchos que el *Barrio de las Injurias* es casi, casi, una cueva de bandidos: el que esto crea incurrirá en un gran error, seguramente.

Allí, como en todas partes, hay de todo;

pero en la baja extracción de no escaso número de aquellos habitantes, domina generalmente una población trabajadora y honrada, digna de una mirada compasiva por parte de los que rebasan su nivel y acreedora á que autoridades solícitas les tiendan de vez en cuando una mano protectora.

Aquellos infelices viven allí en condiciones de difícil descripción: sus habitaciones, cuyo precio varía desde *quince á treinta y cinco* céntimos diarios, y cuyo pago exige el casero cuotidianamente, carecen de toda prescripción higiénica y sirven únicamente, por punto general, para que en muchas de ellas se hacinen cuatro y cinco seres humanos, donde difícilmente hay espacio para respirar.

Hay, además del vecindario fijo, una población flotante en el *Barrio de las Injurias*, que aumenta en proporciones espantosas la insalubridad.

Un industrial, establecido en el barrio,



tiene, según nos aseguraron varios vecinos, una *casa de dormir*. A ella acuden vagabundos, pordioseros y otros desdichados, expresión de la última miseria, que mediante el pago de diez céntimos *adelantados* pueden extender sus miembros sobre un trozo de estera tendido en el súcio pavimento de un *salón* destartalado.

Aquellos desdichados son como las aves nocturnas del *Barrio de las Injurias*. La luz del sol les arroja de su tugurio y buscan su nido diurno en Madrid, donde, por lo visto, se proveen de fondos para costearse el lecho.

Hay quien hace subir á 200 el número de desgraciados á quienes alberga el industrial del barrio. Nosotros no pudimos comprobar el dato de una manera indudable.

Para colmo de tantos daños, debemos añadir que el barrio no tiene agua potable; hay que ir á buscarla á las fuentes más próximas, ninguna de las cuales se halla